

**CARTA A LOS ANTIGUOS ALUMNOS LA COMPAÑÍA DE JESUS
Pedro Arrupe, S.J. Roma 1968****CARTA A DE DOS MILLONES DE DESTINATARIOS**

Queridos antiguos alumnos:

Desde hace tiempo me han ido llegando peticiones de varias partes para que dirija una carta a los Antiguos Alumnos de los Centros de Enseñanza Secundaria, Profesional y Superior de la Compañía. Esto no ha podido menos de agradarme. Pero al mismo tiempo me he sentido perplejo sobre el modo de escribir esta carta. Tiene la Compañía en casi todos los países del mundo instituciones docentes, donde se educan jóvenes de ambos sexos, de diversas culturas y de diferentes creencias religiosas y clases sociales. Era de temer que las mismas afirmaciones resultasen para unos de gran interés, mientras tuviesen para otros poco valor o incluso fuesen inoportunas.

Se calcula que los Antiguos Alumnos de la Compañía sois más de dos millones en todo el mundo y que los que actualmente frecuentan nuestros Centros de Enseñanza pasan de 500.000, repartidos en unas cincuenta naciones. Casi al mismo número llegan los alumnos de las Escuelas Primarias, de las que la Compañía es en alguna manera responsable, sobre todo en África, Asia y América Latina.

Los Antiguos Alumnos pertenecéis a los diferentes grupos sociales en que se distribuyen los hombres. Pensad, por ejemplo, en los distintos idiomas: alemán, bengalí, chino, danés, español, francés... y así podríamos seguir por casi todas las letras del alfabeto.

Diversas son también las condiciones sociales que reflejan las diferentes clases en que se halla dividida la sociedad.

La mayor parte profesáis la doctrina de Cristo, tal como nos la transmite la Iglesia Católica. Pero no pocos pertenecéis a otras confesiones cristianas. Otros sois budistas, hindúes, judíos, musulmanes, sintoístas o seguís otras creencias.

Puede que algunos ya no aceptéis las enseñanzas religiosas recibidas en la niñez, o que os contentéis con un humanismo laico, o que todavía os encontréis en estado de búsqueda de la fe.

No voy a seguir enumerando otros aspectos sobre las grandes diferencias que existen entre vosotros y que dan como resultado la imposibilidad de describir un "tipo", único y estereotipado del Antiguo Alumno. De aquí nace mi perplejidad y la dificultad de fondo de que os hablaba antes. Sin embargo hay algo que os une como a Antiguos Alumnos de la Compañía y es: el haber sido todos educados en nuestras instituciones docentes, ya se trate de Escuelas Primarias o Técnico-profesionales, de Colegios Secundarios o de Centros de Enseñanza Superior y Universitaria. Espero, como a menudo he oído a muchos de vosotros, que hayáis encontrado en la educación recibida una base sólida para ese conocimiento de la vida que debe continuar hasta la muerte.

Es verdad que vuestros educadores y profesores se inspiraban en la doctrina de Cristo y en las enseñanzas de la Iglesia Católica, encontrando en ellas la motivación y el estímulo que les alentaba en su no poco fatigosa labor. Pero estaban íntimamente convencidos de que interpretaban recatemente las leyes más profundas y las exigencias de la naturaleza bien ordenada, cuando os enseñaban a considerar la vida como búsqueda de todo lo que es bello, bueno y verdadero. Eran conscientes de que esto para ellos y para los de su misma fe religiosa se identificaba con Dios. Mas al mismo tiempo estaban también persuadidos de que sólo en la libertad responsable puede el hombre continuar la búsqueda de estos valores a lo largo de la vida. Este soberano motivo les llevaba a respetar las convicciones y los ideales de cada uno de vosotros.

Por vuestra parte no esperabais otra cosa, al frecuentar las instituciones docentes y educativas de la Compañía. Vuestra aspiración era la de recibir una sólida instrucción y una recta educación para la vida. Con esto mostrabais tener confianza en la obra que realizaban vuestros educadores, y afirmabais también vuestro deseo y propósito de afrontar la vida de acuerdo con los ideales en los que os formabais.

Pues bien, son esos mismos ideales los que vuestros educadores de ayer desean y piden a Dios continúen inspirándoos en la vida y os guíen en las vicisitudes del mundo, no libre de engaños y de peligros.

Me consta que en muchos países las Asociaciones de Antiguos Alumnos están bien organizadas y promueven distin-

**CARTA A LOS ANTIGUOS ALUMNOS LA COMPAÑÍA DE JESUS
Pedro Arrupe, S.J. Roma 1968**

tas actividades. Sé que ayudáis de distintos modos a sostener las instituciones docentes y educativas de la Compañía: confiándoles la educación de vuestros hijos, fundando bolsas de estudios y recogiendo fondos para atender a sus necesidades, o bien defendiendo la libertad y derechos legítimos, y de otras muchas laudables maneras. También sé que muchos tenéis reuniones periódicas con vuestros antiguos educadores para mantener el mutuo contacto y ayudaros unos a otros en las responsabilidades que os exige el campo profesional y humano en que os movéis.

Todo esto es prueba evidente de que estáis convencidos de que la educación que habéis recibido de la Compañía es todavía válida para la juventud actual y que sus instituciones docentes deben seguir promoviendo antiguos y nuevos valores. De estas relaciones con los Centros en que estudiasteis, con los compañeros de clase y sobre todo con vuestros antiguos profesores en reuniones periódicas, sin duda alguna que reportaréis exquisitos frutos. Más aún, es ello necesario, si queréis que la obra de vuestra educación iniciada en los centros de la Compañía se complete en su natural desarrollo y en las varias aplicaciones que continuamente exigen las nuevas realidades, entre las que os encontráis inmersos y de las que muchas veces debéis ser protagonistas responsables.

De vuestros maestros y educadores aprendisteis -así lo creo- cuáles deben ser las relaciones del hombre con Dios y cuáles los deberes, que fundados en la ley natural de la solidaridad humana, tenemos para con todos los hombres. Cada ser humano "aun cuando viva en el más apartado rincón de la tierra, se ha convertido en un ser «prójimo» («=prójimo», debido en gran parte a los medios de comunicación social, y al influjo inmediato y universal que cualquier acción humana tiene en todas las latitudes del globo.

Se os ha enseñado también que ningún hombre ha nacido para vivir aislado, pues la persona humana es intrínsecamente social.

En fuerza de una ética integralmente humana o auténticamente cristiana se debe esperar mucho de los que mucho recibieron. Las llamadas «obras de misericordias, en las que según la tradición cristiana venían comprendidos los deberes sociales del hombre, deben extenderse ahora a todos los confines de la tierra y ser obligatorias también para las

colectividades y los pueblos. El progreso y desarrollo de las naciones están condicionados a una justa distribución de los bienes. Una ordenada distribución de los mismos es síntoma de vida sana en todos los estamentos de la sociedad.

¿Qué significa todo esto para vosotros, Antiguos Alumnos de la Compañía, en el actual contexto del mundo frente a las necesidades materiales y espirituales de la humanidad entera? Ante todo, según mi parecer, debéis tratar de dar nueva vida a vuestras Asociaciones, abriéndolas a otros problemas que no sean exclusivamente los de nuestros centros de enseñanza o de vuestras organizaciones. Es decir, orientándolas hacia aquellas necesidades humanas, sean de vuestros Propios países, sean de otras naciones, a las que solamente se podrá satisfacer si todos los hombres de buena voluntad unen sus energías en un esfuerzo común.

No os cause extrañeza lo que os estoy diciendo, ni os suenen mis palabras como una llamada a una empresa quijotesca. Ni tampoco quiero significaros menos aprecio por cuanto habéis realizado hasta ahora. Todo cuanto vuestras Asociaciones han hecho es digno de alabanza, debe continuar e incluso intensificarse.

Pero no basta. El lema de vuestros educadores jesuitas: "magis" "siempre más", heredado de San Ignacio de Loyola, que vosotros aprendisteis y, estoy seguro, queréis realizar en vuestras vidas, os debe impulsar a contribuir en cuanto podáis, a resolver los graves problemas que afligen a todos los hombres, vuestros hermanos.

Cada uno de vosotros puede sentirse impotente, como individuo, frente a las grandes y urgentes necesidades del mundo. Pero todos unidos y colaborando con otras fuerzas que ya se sienten comprometidas en la misma tarea de solucionar los males de la humanidad, podéis prestar un servicio nada despreciable. Sobre todo si fomentáis ese espíritu, participando en otras organizaciones políticas, sociales, económicas, culturales y religiosas. Muy grande puede ser vuestra aportación para la construcción de un mundo mejor. Mucho os podrán ayudar en este sentido vuestras mismas Asociaciones, mediante las cuales se estrecharán más vuestros vínculos de solidaridad y en las que los esfuerzos individuales se sentirán reforzados por la simpatía y la colaboración de los otros.

**CARTA A LOS ANTIGUOS ALUMNOS LA COMPAÑÍA DE JESUS
Pedro Arrupe, S.J. Roma 1968**

Vuestras Asociaciones deben, además, ayudaros a mantener más estrechos contactos con los Antiguos Alumnos de otras promociones y de otros Centros de la Compañía, del vuestro y de otros países. Deberán crearse las Federaciones Nacionales o, donde ya existan, darles nuevo impulso. Más aún, habrá que participar activamente en los proyectos de la Unión Mundial de Antiguos Alumnos, cuya finalidad principal, según los Estatutos, consiste en, "unir en un esfuerzo común las energías espirituales y culturales de los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús, asociados en sus organizaciones locales, nacionales y supernacionales". Ni debéis olvidar tampoco el movimiento confederativo con otras organizaciones de Antiguos Alumnos, que aspiran a ideales y objetivos afines a los vuestros.

No me corresponde a mí sugerir las realizaciones concretas que puedan llevarse a cabo en esos distintos niveles de cooperación. Estoy seguro de que vuestros conocimientos, la experiencia y el espíritu apostólico que os anima, os harán avanzar más allá de lo que pudiera esperarse. Daréis también nuevo vigor a las estructuras ya consolidadas de vuestras Asociaciones y estrecharéis cada día más los vínculos y relaciones de los Antiguos Alumnos en sus organizaciones nacionales e internacionales.

Antes de terminar, quiero recordamos una frase del documento constitutivo de la Unión Mundial, llamado Carta de Loyola. En él se dice que la Unión pretende colaborar en el desarrollo de las obras de la Compañía, entendiendo por tales obras cualquier actividad encaminada al bien de los hombres.

Como Superior General de la Compañía de Jesús estoy más que persuadido de la insuficiencia y limitación de nuestros esfuerzos.

Pero al mismo tiempo no puedo menos de sentirme impresionado, cuando no me es posible satisfacer las peticiones de ayuda que me llegan de todas las partes del mundo, a mí personalmente o a través de otros Jesuitas; por ejemplo, abrir un nuevo Colegio, una nueva Escuela Profesional, una nueva Universidad; u ofrecer nuestra cooperación a un programa de promoción humana, o a un plan en favor del ecumenismo.

Tal vez se ofrecen hoy más que nunca a la Compañía oportunidades para una labor eficaz. No sé si en otros tiempos hubiera sido capaz de realizar ella sola, o con la ayuda

de otros sacerdotes y religiosos, la variedad de obras que hoy tenemos encomendadas. Actualmente, esto es cada vez menos posible, y ni siquiera deseable. En tan grande número y diversidad de obras, vuestra colaboración de Antiguos Alumnos nos es muy necesaria, si queremos que el trabajo de la Compañía sea realmente eficaz para el bien de la humanidad.

¿Os dais cuenta de lo que esta simple afirmación significa para vosotros? Ya sabéis que en muchos países el número de jesuitas dedicados a la enseñanza disminuye cada vez más. Lo cual no quiere decir que el apostolado de la educación no tenga a nuestro juicio la misma importancia que en otros tiempos.

Quiere decir más bien que en muchos países los seculares, debido a su más directa experiencia del mundo, y al conocimiento personal de sus propios hijos y a sus especialidades en el campo de la educación, están llamados a asumir responsabilidades que antes estaban exclusivamente en nuestras manos. Así podremos nosotros dedicarnos en mayor número a trabajos específicamente sacerdotales, o en los mismos Centros de enseñanza o en otras obras de apostolado. Las mejores energías destinadas a colaborar con nosotros en el apostolado de la educación, habrán de venir de vuestras propias filas.

Os puedo asegurar que deseamos vuestra colaboración. Queremos compartir con vosotros cada vez más nuestros proyectos, haciéndoos partícipes de las responsabilidades, que estrictamente hablando no son exclusivamente «nuestras», sino de todos los que sintiéndose miembros de la humana familia, son capaces de hacerse la pregunta a la que Jesucristo respondió con tanta eficacia en la parábola del Buen Samaritano: «¿quién es mi prójimo?»¹ Damos la bienvenida a cualquier iniciativa vuestra que suponga una efectiva colaboración y ayuda en cualquier parte en donde se trabaje por el bien de la humanidad, especialmente en favor de los pueblos del Tercer Mundo. Mediremos los resultados de la educación que os hemos dado, por vuestra entrega y constancia en trabajar por el bien del prójimo de cualquier forma que sea. Si me permitís para frasear lo que San Ignacio, hace cuatro siglos, escribió a los jóvenes jesuitas en formación, os diré que el mundo tiene derecho a esperar de vosotros que aquello que hagáis supere realmente lo ordinario. Ciertamente que no podéis, no debéis contentarnos con una mediocridad, ni con dar una respuesta cualquiera a lo que os exige el evangelio. Considerad lo que os

CARTA A LOS ANTIGUOS ALUMNOS LA COMPAÑÍA DE JESUS Pedro Arrupe, S.J. Roma 1968

enseñaron y cómo fuisteis educados y veréis que una respuesta que en otros tal vez sería buena, tratándose de vosotros no puede serlo.

Finalmente, a los católicos a quienes puede tal vez parecer que mi invitación a cooperar por el bien de la humanidad no tiene suficientemente cuenta con las exigencias de su fe religiosa, les repetiré las palabras del Apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo: «Sigue la justicia, la fe, la caridad, la paz con todos los que invocan al Señor con puro corazón»². Mantened viva vuestra fe religiosa, procurad que se muestre operante en el amor, en un grande amor a Cristo y al mundo. Será vuestra misma fe la que os transformará en hombres dispuestos a trabajar por el triunfo de la justicia, de la caridad y de la paz en el mundo, junto con todos aquellos que creen como vosotros en el Evangelio, o solamente creen en Dios con sinceridad de corazón. Vuestra fe así profesada y vivida os hará estar presentes en toda iniciativa destinada a ayudar a los hombres a encontrar a Dios en la Verdad y a participar de la vida que Cristo nos ha traído a la tierra. No olvidéis que la Iglesia Católica, sobre todo después del Concilio, os quiere sus colaboradores. Una fe operante en el amor os impulsará a ofrecernos a vosotros mismos con entusiasmo para trabajar en el campo de la Iglesia por los mismos fines de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, por los que fue fundada y trabaja en todas partes la Compañía de Jesús.

Como esta carta fechada la víspera de Navidad os llegará en el nuevo año, deseo con mis mejores sentimientos y pido en mis oraciones para cada uno de vosotros y para vuestras familias, días llenos de la paz y alegría que el Señor vino a traer a los hombres de buena voluntad.

NOTAS

1. Lc 10, 29.
2. 2 Tm 2, 22.